

tual, convicta ya del triunfo del comunismo, cesa en su tarea de sabotear al soviét. No hay, pues, por qué negarle mejor trato. Si antes fueron privilegiados únicamente los del partido, desde ahora serán "los sin partido" los que se vean objeto "de una especial atención" y colocados "en los puestos de Gobierno".

Rusia se hace igualitaria. Mitiga privilegios de clase. No hay Dictadura que no arrastre vicios inherentes, y así esta del proletariado llegó a restablecer las pruebas de nobleza; ¿no ha sido necesario probar dos generaciones de obreros para el desempeño de algunos cargos? Hoy vuelve a ser verdad la frase aquella de un mariscal napoleónico: Quien sirve bien a su país no necesita antepasados.

Donde haya "hijos del Estado", ¿cómo es posible preguntarle a nadie quién es su padre? Si la Revolución Francesa hizo de cada hombre un burgués, la rusa los ha hecho a todos proletarios. No a unos cuantos, En otro caso, ¿quién iba a contarlos? Refiere Gorki que Lenin consideraba a Tolstoy como la más auténtica expresión del campesino, y decía: "no hubo jamás en la literatura un mujik más verdadero que este conde". Luego se han discutido a Tolstoy dotes proletarias . . .

Lenin era un intelectual. No es raro que en el Octavo Congreso Comunista insistiera sobre la conveniencia de acudir a ellos: vigiladlos si son sospechosos de resabios burgueses, decía, pero ponédlos en condiciones de que puedan trabajar mejor que con los capitalistas: "asegurarles las mejores condiciones posibles de existencia ha de ser la más hábil política".

Han sido necesarios años de acoso para que la República modere la ojeriza despertada contra los intelectuales. Ya no arrecia el odio al "especializado". Vuelve al telar la fórmula de Lassalle para la colaboración de obreros y científicos en el trabajo. Termina el cautiverio, los trabajos forzados. Ya no flotará más en un proceso la duda de si el ingeniero acusado es algún espía, o si es una víctima propiciatoria.

La tierra se redime; se redime la inteligencia. Pero aquí la reforma se llama: Proletarización intelectual.

Se puso mano a la obra. El propio dictador dió la consigna. Y dijo Stalin: "Es preciso crear una cultura que sea nacional en la forma y proletaria en su contenido". Esta fórmula ya se viene realizando; así se editan hoy en Rusia cincuenta y seis periódicos en otras tantas lenguas—aquí la fórmula nacional—y en todos se habla al proletariado del mundo—y aquí su contenido marxista. Pero, pese al esfuerzo, todavía no se logra la objetivación técnica apetecida: "la perfección artística".

En el último Congreso de escritores proletarizados, reunido en Moscú, presentaron las brigadas de choque una Memoria en la cual, y después de reiterar la norma

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Confíguo al Teatro Variedades

stalinista y hablar de unión pansoviética, de línea general, etc., se reconoce que el nivel ideológico y artístico de los escritores proletarios es todavía demasiado bajo para la misión que les impone su clase, elevando por último las siguientes palabras: "Os juramos, camarada Stalin, que en un próximo porvenir la literatura proletarizada de la U. R. S. S. presentará al partido y a su clase una Memoria en la que se detalle cómo se ha asegurado la hegemonía proletaria en la literatura merced a la perfección artística de los escritores de la clase obrera que crean el gran arte del bolchevismo".

Las torres de marfil tienen papeles. Como el Parlamento inglés cuando los puso Cromwell. En torno nuestro baila su último minué el esteticismo. Ruskin, Renan, predijeron que el arte moriría a manos de la democracia. También se creyó luego que el hierro acabaría con la arquitectura. Hoy se advierte que no: que la ha tonificado ese tratamiento.

Quizá esté el error en no dejar al arte su libre desenvolvimiento. Recuérdense los tiempos en que Guyau, en que Romain Rolland lo imbuían de sociología. Entonces hizo Gorki sus novelas marxistas. Después dejó que las hicieran sus imitadores. Buscó la solución social en la política y llevó a la novela el verdadero problema: la resistencia que ofrece al intelectual su egotismo cuando llega el momento de proletarizarse. Y es que la personalidad más fuerte rompe todo nivel y toda traba. "Los comunistas somos grandes individualistas conscientes", escribe Lunatcharsky. Ahora vuelven a serlo; pero hubo un instante en que fue preferido a Trotzky, Stalin.

Hoy Panferow rechaza, por burguesa, toda esa falsa literatura proletaria que se escribe en Europa. El ruso sufre un arte quinquenal, interino, de mera propaganda. Pero no falta quien tome a distancia el andamio por la fachada. Y se entusiasme con aquello que muchos escritores soviéticos descartan de su obra considerándolo únicamente como "fraseología comunista de rigor"; esto es: obligada retórica.

Por eso abundan las escuelas. Se buscan métodos cuando lo que interesa es dar un estilo. Pero el estilo no se busca, se encuentra. Así el alemán va, por la vía del expresio-

nismo, a la metódica objetivación de la individualidad goethiana. Glaeser tiene razón cuando observa la imposibilidad en que se halla el individuo de desprenderse del todo colectivo. Pero la solución trasciende a academia, a disciplina, a receta: a manera de hacer obras amaneradas.

En Francia la tendencia es más peligrosa. Se olvidan del unanimismo de Jules Romains, y cultivan un nuevo "populismo", impulsado por Lémonnier y por Thérive. Ciertamente que estamos hartos de análisis novelatorios, de introspección difusa, etc., pero no basta describir una fábrica y decir "nos" como los obispos. Esa tendencia puede terminar en un arte declamatorio y sentimental, como le ocurrió a la pintura de asunto cuando vino la moda, en Europa, del socialismo.

Hay que poner en claro que la proletarización intelectual no es arte por ni para proletarios. Lo que escribe un obrero no es de un obrero: es de un escritor. ¿Qué importa lo que hace cuando no escribe? Además, el arte no reconoce a veces sus fuentes porque el espíritu sopla dondequiera y donde quiere. Durante la revolución rusa se dió el hecho curioso de que los "futuristas" sirvieran a la idea, quizá por esa negación de arte presente que su título envuelve y que coincide con la visión de un arte para el futuro, grata a Trotski; pero, en cambio, el grupo imaginista, integrado en su mayoría por hombres que, como Esenin, procedían del proletario, permaneció en un abstencionismo altivo.

Así como el arte para la revolución no es el arte revolucionario, porque éste opera dentro del arte, pero deja indiferentes a las masas, tampoco el arte proletario es la expresión artística del proletariado.

Trotski, partidario de la no intromisión del partido en el arte, ha considerado "esencialmente erróneo oponer arte y cultura burguesa a arte y cultura proletaria".

Encontrar la expresión del arte proletarizado no es una cuestión de clases, sino de clase. "El estilo es clase". He aquí una frase magnífica del grupo de escritores proletarios *Kuznitsa*. Sólo pretendieron afirmar con ella que a cada clase corresponde un estilo, pero su expresión dice mucho más: dice que estilo hay sólo donde hay calidad, donde hay clase. Y esto no se logra únicamente objetivando. Precisa la irrupción del sujeto inesperado.

Quiéralo o no, la clase intelectual necesita aportar esa "clase". Lo de menos es que se crea una casta, o una "categoría", como propone Kautsky. Ahora bien, ¿es posible evitar la inquietud de quien siente su verdadero capital sobre los hombros, y sospecha, por tanto, que cualquier bajo intento de proletarización ha de empezar por decapitarle?

Antonio Marichalar